

RECORDANDO

A

UN

OBISPO

Tom Quigley



Queremos terminar este número dedicado a la memoria de Monseñor Romero con un último testimonio, venido esta vez de los Estados Unidos. T.E. Quigley es especialista en América Latina de la Oficina de Justicia y Paz Internacional de la Conferencia Episcopal Católica de U.S.A. Traducimos de la revista "The Witness", September 1980.

Difícil imaginarse una figura internacional más modesta y sencilla. No es que fuera simplemente humilde, aunque ciertamente lo era, sino además genuinamente tímido. Me encontré con él por primera vez en la primavera de 1977, cuando apenas llevaba seis meses de ser arzobispo de una de las ciudades más agitadas del mundo. Dos de sus sacerdotes, incluyendo uno de sus mejores amigos, un antiguo alumno suyo, habían sido asesinados recientemente por bandas para-militares gubernamentales. Toda la comunidad jesuítica del país estaba bajo amenaza de exterminio por la Unión Guerrera Blanca. La atención mundial estaba enfocada hacia El Salvador y su nuevo y sorprendentemente franco arzobispo Oscar Arnulfo Romero.

Jorge Lara Braud, del Consejo Nacional de las Iglesias de Estados Unidos, y yo, dos extranjeros venidos a ver qué po-

díamos hacer, entramos en una habitación de la sección del seminario que alberga las oficinas del arzobispado. Junto con unas 20 personas más nos sentamos alrededor de una mesa oval. Se trataba del recientemente integrado Comité de Emergencia, que se reunía regularmente para discutir la crisis en El Salvador. Había sacerdotes diocesanos y jesuitas, religiosas, laicos de ambos sexos, el obispo auxiliar, Rivera y Damas, y, como uno más entre ellos, Monseñor.

Todo el mundo lo llamaba simplemente así: Monseñor. En realidad no se trataba de un título, sino más bien de un apelativo cariñoso. Papá. Monseñor. Aunque en América Latina a todos los obispos se les llama de esa manera, en El Salvador cuando la gente dice "Monseñor siempre hizo esto" y "Monseñor dijo aquello", incluso ahora después de su muerte, se refieren únicamente a Oscar Romero.

Todos hablaron en la reunión; presentaban informes, análisis, conclusiones. También Jorge y yo tuvimos algo que decir. Pero aquel hombrecillo, indistinguible del resto excepto por su sotana y sencilla cruz pectoral, escuchaba, sonreía gentilmente y sólo al final dijo unas pocas palabras. La mayor parte de ellas fueron para agradecer nuestra llegada, desearnos una visita fructuosa y, finalmente, dolerse por no poder de momento aceptar nuestra invitación para visitar los Estados Unidos, aunque deseaba vivamente poderlo hacer en alguna oportunidad. Ahora debía permanecer junto a su pueblo.

Dos años después aceptó y se hicieron planes para que hablara al Comité Ejecutivo del Consejo Nacional de Iglesias y se reuniera con los obispos católicos de los Estados Unidos; pero el golpe de estado de octubre lo impidió y el viaje se canceló. Nunca ya dejó El Salvador. Sigue permaneciendo en medio de su pueblo.

Mucho se ha hablado de la "conversión" de Monseñor Romero y yo creo que, efectivamente, en sus tres últimos años experimentó extraordinarias transformaciones. Pero no era un Saulo en el camino de Damasco. Era un sacerdote bueno y santo, conservador y tradicional, como podía esperarse de la educación clerical de su tiempo y, lo que es más importante, de sus humildes raíces. Cuando el arzobispo Chávez y González se retiró en 1976, todos los progresistas querían como sucesor al joven y brillante obispo auxiliar de San Salvador, Arturo

Rivera y Damas, y quedaron frustrados cuando Roma designó para el cargo a Oscar Romero. "Todo se acabó", me comentó entonces un joven jesuita centroamericano, "el Vaticano no sabe lo que está pasando aquí".

Pero Monseñor no era Pablo, tampoco era un integrista; era un humilde hombre del pueblo, pero independiente. El embajador White, supongo que sin querer hacer daño, contó a un grupo en Washington en abril pasado que los jesuitas "dieron al arzobispo uno de sus demoledores cursos". Un sencillo cura de pueblo en manos de los astutos jesuitas atiborrándolo de teorías políticas edulcoradas con la teología de la liberación.

Un antiguo embajador, menos sensitivo aún e inteligente, representante del gobierno de Richard Nixon durante las fraudulentas elecciones de 1972 en que Napoleón Duarte obtuvo mayoría de votos pero fue privado de la presidencia por los militares, escribió recientemente que el arzobispo tenía "tan buen carácter como mal juicio".

La típica línea del Departamento de Estado: echar por tierra lo que uno no entiende; negar lo que no cabe dentro de la propia teoría favorita. Nunca entendieron a Monseñor ni a su pueblo. Aún siguen sin entenderlos.

Monseñor tuvo una carrera brillante; enviado a Roma para hacer estudios avanzados, enseñó en el seminario, ávido lector, hecho obispo en un sistema que apreciaba la inteligencia, aunque no siempre la creatividad y el coraje. Pero más que nada Monseñor fue un líder que mereció el calificativo de brillante, un líder del tipo que recuerda a Juan XXIII y tal vez a Mao --representativos del pueblo, sabedores de que el liderazgo está relacionado con la capacidad de evocar, hacer surgir la sabiduría que existe en el pueblo.

Aunque seguimos manteniendo correspondencia con él en los años subsiguientes (era un admirable corresponsal que respondía personalmente a cuantas cartas le llegaban, quizás de cientos de personas de toda América y Europa), no nos volvimos a ver de nuevo hasta el domingo 23 de marzo. Cinco miembros de las iglesias de los Estados Unidos fuimos a El Salvador en urgente visita ecuménica, buscando expresar la solidaridad de las comunidades religiosas de los Estados Unidos

con él y con el pueblo salvadoreño y averiguar qué podíamos hacer ante una situación tan rápidamente cambiante.

Tomamos asiento, un cuáquero, un episcopaliano, un meto-- dista y dos católicos, en el viejo y sufrido santuario de ma-- dera y tejado de zinc conocido como la Basílica del Sagrado Corazón. La enorme y tétrica catedral de concreto, diez cuadras más abajo, dejada sin terminar por el arzobispo ante--- rior tras afirmar: "debemos dejar de construir catedrales y comenzar a construir la Iglesia", no estaba disponible; uno de los movimientos populares la había tomado unas semanas an-- tes. La basílica estaba repleta de gente, la mayoría sencill-- a gente trabajadora, familias enteras, niños sobre los hom-- bros de sus padres. Comenzó el canto de entrada y con él un aplauso que desde el fondo iba corriendo hacia el frente a medida que el arzobispo y los sacerdotes y seminaristas, re-- vestidos con estolas de brillantes colores sobre sus albas, avanzaban con aire jubiloso por el pasillo central.

¿Cómo describir una procesión triunfal cuando no había ni traza de triunfalismo por ningún lugar? El aplauso era es-- truendoso, haciendo temblar el techo corrugado y arrancando lágrimas de los menos litúrgicos de nuestros acompañantes. Era simplemente un pastor recibiendo el abrazo amoroso de un pueblo que se veía a sí mismo, sus sufrimientos y sus espe-- ranzas, encarnados en esa humilde figura.

No se me ocurrió entonces, pero lo he pensado después muchas veces, que en ese día, víspera de su martirio, aquello era la más vívida recreación que pudiera imaginarse de la en-- trada triunfal en Jerusalén.

Su homilía de aquella ocasión se ha hecho famosa, se ha traducido y publicado en el mundo entero. Dijo a los soldados, sencillos campesinos en su mayoría, que no estaban obli-- gados a obedecer órdenes injustas de matar; esto se puede leer en cualquier manual de teología, pero cuando se aplica concretamente suele ser considerado traición. Así fue efec-- tivamente descrito en los periódicos del lunes siguiente por un portavoz del ejército.

La más citada de todas sus frases únicamente pudo ser escuchada en su integridad por los pocos que nos encontrábamos cerca de él en el presbiterio. Cuando dijo dirigiéndose al

gobierno, los militares, las fuerzas de seguridad: "Yo les pido, les ruego", el aplauso era ya ensordecedor, "les ordeno..." y aquí hubo una explosión, apagando las palabras que todos sabíamos que iban a seguir, "en el nombre de Dios cese la represión".

Y los militares oyeron. En efecto, todos los centroamericanos oyeron, ya que ese día la estación de radio de la arquidiócesis, YSAX, salió de nuevo al aire por primera vez tras semanas de haber estado fuera de servicio a causa de la explosión de una bomba. Los sermones de Monseñor eran el programa radial más ampliamente escuchado en todo el país, y ese día su transmisión, la primera en semanas y la última para siempre no fue la excepción.

A medida que salíamos de la basílica, recibiendo aplausos, sonrisas y apretones de manos que sabíamos que no habíamos merecido, nosotros, norteamericanos, nos íbamos preguntando cuánto tiempo se haría esperar una respuesta a este santo varón. La emisora de radio había sido bombardeada inmediatamente después de la homilía del 17 de febrero en que leyó una carta que deseaba enviar --en caso de que la comunidad reunida en la catedral la aprobara-- al presidente Carter. El tejado de zinc del templo vibró con los aplausos de aprobación ese domingo y a la YSAX le pusieron una bomba el lunes siguiente.

Pero ahora sabemos que su asesinato no tuvo relación directa con el contenido de la homilía de aquel domingo de marzo. Documentos que relacionan en el asesinato con casi absoluta certeza a antiguos altos oficiales del ejército y grupos terroristas internacionales de derecha, incluyendo a un tirador nicaragüense, muestran que el crimen se había estado planeando por algún tiempo. La fecha la escogieron probablemente al saber de antemano que el arzobispo celebraría una misa de difuntos con poca asistencia en la capilla del Hospital de la Divina Providencia el 24 de marzo, primer aniversario de la muerte de Sara Meardi de Pinto, madre del director del periódico de oposición El Independiente. (No incidentalmente el periódico ha sido desde entonces víctima de varias bombas y Jorge Pinto, el director, ametrallado en su carro, pero ambos han sobrevivido y continúan dando la batalla. Estos salvadoreños son gente muy valiente.)

En un sentido más profundo, sin embargo, creo que la homi
lía fue la ocasión simbólica de su muerte. Monseñor está le
vantando al pueblo, ha blasfemado contra los ídolos del Esta
do, es mejor que un solo hombre muera, ¿qué más necesidad te
nemos de testigos? Y también el César tuvo participación en
este drama, quizás sin buscarlo ni desearlo, pero presente
de todos modos. Si ustedes dejan libre a este hombre, enton
ces no son amigos de los Estados Unidos. Está destruyendo
el Gran Designio, está haciendo el juego a los marxistas, a
"los terroristas sedientos de sangre" y la "izquierda de Pol
Pot", como el Departamento de Estado, con su tendencia a los
análisis unilaterales, gusta caracterizar a los movimientos
de masas de campesinos y obreros. Hay que detener a Monse-
ñor. Los Estados Unidos no apretaron el gatillo, pero ayuda
ron a proveer la munición. Buscaron, de modo nunca visto,
presionar a Monseñor, darle lecciones como si fuera un rebel
de alumno de escuela, lograr la intervención del Vaticano pa
ra acallarlo, hacer valer el criterio, en un acto de arrogan-
cia casi criminalmente estúpida, de que la información que
diariamente llegaba al arzobispado de parte de testigos de
todo el país era menos de fiar que los informes de intelligen-
cia recogidos por la embajada de los Estados Unidos, escondi
da tras enormes muros y en comunicación efectiva sólo con el
gobierno salvadoreño. Hace falta credulidad, especialmente
cuando sucesivos embajadores y oficiales del Departamento de
Estado han reconocido en privado que "nuestro servicio de in-
teligencia en El Salvador no es muy bueno."

Monseñor tenía una simple proposición. Los militares y
sus patronos, la oligarquía, habían fallado por más de medio
siglo en proporcionar justicia y prosperidad al pueblo; el
gobierno que había asumido el poder en octubre pasado sola-
mente había incrementado la represión mientras levantaba una
fachada de reformas necesarias hacía mucho tiempo, pero que
en las actuales circunstancias eran imposibles de realizar,
negándose al mismo tiempo a tratar con la innegable realidad
de un pueblo concientizado y organizado. Ha llegado el mo--
mento, decía él, de dar al pueblo una oportunidad, de permi
tir a los movimientos populares actualmente desarrollados,
democráticos y revolucionarios, junto con todos los demás
salvadoreños de buena voluntad, crear una sociedad nueva y
justa.

Monseñor no temía que la Iglesia quedase excluida del proceso, más de lo que podían quedar el campesinado o los trabajadores urbanos o los maestros; todos ellos son los coautores de la nueva nación por cuya construcción están luchando. Un profundo sentido cristiano anima al proceso entero, no porque alguno de los movimientos populares haya sido de hecho organizado por sacerdotes, sino porque la conciencia revolucionaria del pueblo ha crecido mano a mano con una mayor conciencia bíblica de ser un pueblo santo llamado a la libertad.

Puede ser necesaria una gracia especial para que los salvadoreños perdonen alguna vez a sus perseguidores, especialmente a los necios responsables de la política de los Estados Unidos, pero lo que nunca olvidarán es a sus mártires. El Salvador jamás olvidará a Oscar Romero. Tampoco nosotros deberíamos olvidarlo.

DIAKONIA

NUMEROS ATRASADOS DISPONIBLES

- 13. *Vivir la fe en un horizonte socialista (reimpresión)*
- 14. *Testimoniar la fe en América Latina*
- 15. *Espiritualidad para tiempos de revolución*
- 16. *Los Ejercicios Espirituales hoy*